

## **José Agustín de la Puente Candamo, maestro ejemplar. *Laudatio* del doctor José Agustín de la Puente Candamo en la Ceremonia de su investidura con el grado de doctor *honoris causa* de la Universidad de Piura**

Jorge Humberto Rosales Aguirre

Nos convoca esta noche la ceremonia de investidura a don José Agustín de la Puente Candamo, con el doctorado *honoris causa* que le ha conferido la Universidad de Piura por acuerdo de su Consejo Superior, que aprobó una iniciativa del Consejo de la Facultad de Humanidades, acuerdo que ha confirmado el Gran Canciller de la Universidad.

No creemos tener los atributos suficientes para hacer, en este momento de regocijo intelectual y de justa expresión de gratitud, la semblanza de un hombre que ha dedicado su vida a la investigación y a la enseñanza y, a través de ellas, al Perú y a su gente, de un maestro que en más de setenta años de vida académica, de una vida fecunda y un magisterio ejemplar dentro de un múltiple quehacer que trasciende los 94 años de una existencia plenamente vivida, ha sabido forjar en generaciones sucesivas de peruanos una visión inequívoca del Perú y generar en ellas un cariño sincero por lo nuestro, por nuestra historia, de una persona con calidad humana que conoce muy bien el corazón del hombre y que sabe llegar a él, lo que le permite servir mejor y con finura a quienes se le acercan por razones diversas. Si algo justifica nuestra participación en este acto, es la generosidad de la Universidad de Piura, generosidad que agradecemos. Más adelante intentaremos explicar el porqué de esta designación.

Son muchos los motivos que explican la justicia de este acto de reconocimiento y gratitud al profesor De la Puente. Entre esos motivos podemos mencionar el haber sido uno de los pioneros de la Universidad desde que ésta era un proyecto que requería de especial atención y de la ayuda generosa de mucha gente. Él acogió la idea con agrado y con su extraordinario sentido del deber aplicó su esfuerzo y su talento a convertir en realidad el antiguo deseo de san Josemaría de fundar una casa de estudios superiores en tierras piuranas.

MERCURIO  
PERUANO

Fue miembro de la entidad promotora de la Universidad de Piura, la Asociación para el Desarrollo de la Enseñanza Universitaria (ADEU) que se constituyó el 3 de noviembre de 1965 y que tenía como Presidente Honorario al doctor Víctor Andrés Belaunde. El doctor De la Puente pronto sería Presidente de la mencionada asociación, cargo que ha desempeñado hasta hace poco. Como podemos deducir, él nos acompaña a lo largo del camino recorrido desde antes de nuestra creación, ayudándonos a sembrar y a profundizar con rigor científico en el saber y en la búsqueda de la verdad, pilares de una universidad como la nuestra. En la Universidad de Piura se cumple lo que su fundador afirmaba en 1972 en una ceremonia similar en la Universidad de Navarra: «La Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero el estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a aligerar el miedo ante un futuro incierto, a promover — con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad — la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones».<sup>1</sup> Pensamos que el doctor de la Puente ha colaborado, de modo capital, con su profundo espíritu de servicio, a que la Universidad de Piura cumpla a plenitud con lo señalado por quien la fundó, como podremos verificar en algunas citas de sus textos que glosamos más adelante.

Don José Agustín siempre estuvo dispuesto, sin residir en Piura, a acudir a nuestra calurosa ciudad para colaborar en la realización de numerosas tareas, lo mismo que hace ahora en Lima desde que se abrió el campus en esta ciudad, con lo que la Universidad se ha visto favorecida porque él puso a su servicio su bien ganado nombre y su prestigio. Entre esas tareas podemos contar: clases, asesoría de tesis y asesoría personal, charlas, conferencias, comisiones, cursos de extensión, tertulias, etc., las que ha cumplido a cabalidad.

El ser profesor visitante de la Universidad en campus Piura, le ha permitido formar en nuestra región, y desde la cátedra, innumerables profesionales con una visión integral del Perú y de su historia, enseñándoles a profundizar y razonar en una historia sin maquillaje, tal como ha sido, con luces y sombras, con ocasos y alboradas.

---

<sup>1</sup> San Josemaría Escrivá de Balaguer, «Discurso en la ceremonia de investidura de doctores honoris causa en la Universidad de Navarra, 7 de octubre de 1972», en Antonio Abruña Puyol, *Discurso inaugural del Año Académico 2009, pronunciado el día 29 de abril de 2009 en la Universidad de Piura*. Colección Algarrobo, núm. 54. Piura, Talleres de Gráfica y Servicios San Martín SRL., 2009, pág. 36.

Su magisterio, que llega a cultores de distintas profesiones y actividades, está orientado, principalmente, pero no sólo, a la formación de profesores de Historia y de historiadores con conciencia clara de la peruanidad. En clase y fuera de clase ha contribuido con sencillez, pero con autoridad, a la afirmación patriótica, al conocimiento del Perú como una realidad mestiza. Como los viejos *mercuristas* del siglo XVIII, ha dedicado su vida a conocer y a querer a nuestro país. Resulta útil citar en este aspecto unas palabras de su discípulo Oswaldo Holguín Callo: «Hay una clase de estudiosos del Perú más reducida y circunscrita: la integran no solo los que hacen del Perú su objeto de trabajo y análisis sino manifiestan en su vida, acciones y palabras una indesmayable fe en su destino, en su gente y en su grandeza. A esa clase moralmente superior pertenece el doctor de la Puente. En efecto, para esos hombres el Perú es más que un objeto de estudio, es un sujeto histórico, un ente social forjado por el paso del tiempo y la sucesión de generaciones. El Perú es mucho más que un pretexto para la investigación».<sup>2</sup>

Las palabras de Holguín corresponden a 2008 y acentúan lo que es la actitud permanente de De la Puente respecto del Perú. Lo podemos constatar en lo que el maestro escribía en 1964, refiriéndose a la importancia de la Historia y al significado del mestizaje: «La Historia persigue que el hombre, en su tiempo, comprenda el pasado, [...] la Historia, en el tiempo, vive en nuestro presente no como un recuerdo distante y extraño sino como parte de nuestra realidad».<sup>3</sup> «Debemos afirmar con entusiasmo esa virtud nuestra del mestizaje. Es el mestizaje la explicación de la Historia del Perú, es el mestizaje el testimonio de la unidad de razas, es el mestizaje el testimonio de la creencia en la igualdad entre todos los hombres, hijos de Dios y hechos a su semejanza. Y es el mestizaje en sus múltiples expresiones de técnica, de paisaje, de arte, de costumbres, una bella muestra de lo que puede la inteligencia del hombre y de lo que puede la imaginación y la bondad de la gente».<sup>4</sup> «Es verdad que el mestizaje precisa un mayor perfeccionamiento para que algún día llegue a la plenitud, mas esa imperfección del mestizaje actual, esa posibilidad de pueblos distantes del mestizaje o aislados de él y la subsistencia de algunas costumbres o formas de vida ajenas al mestizaje, no puede llevarnos a negar la Historia mestiza del Perú y la realidad mestiza del Perú. El mestizaje es una tarea dura, qué duda cabe; el mestizaje no ha

---

<sup>2</sup> Oswaldo Holguín Callo, «El Perú en José Agustín de la Puente», en Pontificia Universidad Católica del Perú, *José Agustín de la Puente Candamo. Medalla de Honor R. P. Jorge Dintilhac, SS. CC.*, Cuadernos del Archivo de la Universidad, 50. Lima, R y F Publicaciones y Servicios S.A.C., 2008, pág. 52.

<sup>3</sup> José A. de la Puente Candamo, «Nuestra historia», en José A. de la Puente Candamo, *Reflexiones sobre el Perú mestizo*. Lima, Talleres Gráficos de la Imprenta Editorial Lumen, S.A., 1966, pág. 16.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 18.

concluido, también es cierto; como es cierto que el Perú se ha hecho en lo mestizo y debe ser fiel a su propia imagen».<sup>5</sup>

Su tarea docente ha estado complementada con su producción historiográfica que abarca todas las áreas y períodos de nuestro proceso histórico, con énfasis en la esencia del Perú, en la etapa fundamental de la Emancipación, y en la real imagen de la Guerra con Chile y de Miguel Grau. Hoy sigue investigando y escribiendo sobre estos temas. Uno de sus proyectos se refiere a la formación histórica del Perú a través de documentos, en el que lleva varios años trabajando. Otro, que ha concluido juntamente con su hijo José, se ha concretado en un libro que fue presentado el 20 de julio en la Feria Internacional del libro de Lima, y que se titula *El Estado en la sombra. El Perú durante la ocupación chilena. Documentos administrativos*. Es una publicación del Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y contiene la documentación de la Delegación y de la Agencia Confidencial del gobierno de Lizardo Montero durante la ocupación de Lima, documentación que forma parte del archivo del presidente Manuel Candamo, abuelo del doctorando, y que en la obra aparece debidamente anotada por los autores; incluye también un estudio preliminar.

No podía estar ausente en esta fundamentación su unidad de vida, su coherencia entre el pensar y el actuar, entre el pensar y el vivir, vale decir, su vida intachable de buen cristiano, con el ejercicio de una alta escala de valores que abarca todos los campos, lo personal, lo familiar, lo profesional, en fin, lo comunitario. Por eso, su influencia personal no surge sólo de sus palabras, también del ejemplo cotidiano, es decir, del testimonio de su propia vida.

Entre las razones que pueden justificar que la Universidad de Piura nos haya encomendado que esta noche hagamos uso de la palabra, pensamos que están, además de nuestra condición de profesor principal, diversas circunstancias de una relación que nos une desde hace mucho con el doctor de la Puente. Son parte de esas circunstancias el contarnos entre sus antiguos alumnos, el haber trabajado muchos años bajo su dirección en su cátedra de *Emancipación y República* en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en algunas investigaciones históricas, el haber compartido ilusiones en la divulgación de la biografía de peruanos fundamentales en el proceso histórico del Perú, el haber coincidido en lugares del interior del país, como Piura y Chiclayo, donde también se han beneficiado de sus enseñanzas, el gozar de su amistad constante por casi sesenta años, pero, sobre todo, el seguir y divulgar su pensamiento peruanista. Por eso, doctor de la Puente, aunque creemos no reunir los requisitos necesarios para llamarnos discípulos suyos y de esa manera hacer su semblanza, le rogamos disculpar la licencia que nos tomamos para llamarlo maestro, y expresar en breves palabras el sig-

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, págs. 21/22.

nificado de sus enseñanzas, ya permanentes, y muy especialmente el de su visión del Perú y de su historia.

Es imposible dar testimonio de las calidades de una persona si no hemos estado en relación con ella, por lo que resulta inevitable que, en esa condición, evoquemos su figura, con cariño y gratitud, para ir mostrando las virtudes y los valores humanos que lo inspiran y que fuimos descubriendo en él, así como las lecciones de él aprendidas en los sucesivos momentos y circunstancias de nuestra relación personal. Así pues, pedimos disculpas por tener que referirnos a nosotros en algunos de los párrafos siguientes, pero, como decimos, es algo que no hemos sabido remediar.

El primer momento se dio en el viejo patio de Letras de la Universidad Católica, en la acogedora Plaza Francia o Plaza de la Recoleta de esta ciudad de Lima, y luego en el llamado local Anexo en la misma Plaza. En el primer patio mencionado, allí donde se daba lo que llamábamos *vida de patio*, a finales de los años 50 del siglo pasado varios cachimbos mirábamos con asombro, pero también con respeto y admiración, a un personaje cuya figura inspiraba respeto, era el Decano, que más allá de su condición de autoridad máxima de la Facultad, detenía su paso para compartir con nosotros un tiempo que, entonces, creíamos que él perdía, pero que, con el correr de los años y a la luz de la experiencia, comprendimos que no era así, que era una forma de realizar su vocación; además, hoy lo sabemos, fue un tiempo valioso para nosotros y para nuestra formación. Esos encuentros y las conversaciones que implicaban fueron los primeros contactos con una persona íntegra que marcaría nuestras vidas. En ese grupo de cachimbos estábamos, entre otros, Franklin Pease García Yrigoyen, Luis Enrique Tord Romero, Alfonso Pérez Bonany, Luis Millones Santa Gadea, Silvio De Ferrari Lercari, José Odoaldo Ramírez García, y nosotros mismos. En esas conversaciones, reiteradas una y otra vez, fuimos conociendo no sólo a la autoridad recta y comprensiva, no sólo al intelectual valioso y sencillo, sino también al hombre cabal que, en pocas pero precisas palabras, en un gesto discreto y oportuno, o en un silencio aleccionador, sabía dictar una clase magistral. De los mencionados, Franklin, Luis Enrique y José Odoaldo han llegado a ser profesores visitantes de nuestra Universidad.

Los primeros años de vida universitaria significaron un aprendizaje constante, en el que la presencia de José Agustín de la Puente fue fundamental. Nos contagiaba su entusiasmo y así paulatinamente fuimos ampliando nuestros horizontes y descubriendo que en la vida intelectual hay otros campos que podíamos cultivar. Luego, de manera natural, vino la invitación a incorporarnos al Seminario de Historia del Instituto Riva-Agüero donde dimos nuestros primeros pasos en la investigación, siempre bajo su orientación, y pudimos conocer a otros personajes que, como él, dedicaban su vida al descubrimiento y divulgación del Perú.

Si en 1958 habíamos recibido de Raúl Porras Barrenechea la visión del Perú como patria milenaria, que en su «edad media» se había hecho nación, en 1959 escuchamos del maestro de la Puente Candamo la explicación de por qué y cómo el Perú era una nación, esa nación que buscó su independencia y que a pesar de la derrota de 1879-1883 permaneció inalterable en su esencia para cumplir con prestancia y dignidad su modo de ser, su estilo de vida, su destino colectivo. A propósito de este tema, queremos recordar unas palabras de nuestro homenajeado al referirse al heroísmo de Grau y de sus hombres en Angamos, un «heroísmo limpio, libre de toda sombra». <sup>6</sup> Dice De la Puente, «luchan y mueren por una nación cierta, no por una ficción, ni por un engaño o por una utopía. La epopeya de la campaña marítima es un testimonio de la identidad nacional peruana». <sup>7</sup> Y en esa explicación, en la forma de hacerla con el apoyo de las fuentes, en el uso adecuado y preciso de las palabras y de los gestos plenos de legítima emoción, en el recurrir a anécdotas y circunstancias esclarecedoras de algunos temas, estuvo el descubrimiento de nuestra vocación docente, de nuestra vocación por la Historia, de nuestra vocación peruanista. Gracias a él pudimos transitar por nuevos rumbos, distintos de los que originalmente nos habían llevado a postular e ingresar a la vida universitaria.

Dos años después, junto con Alfonso Pérez Bonany, previo el concurso respectivo y bajo la dirección del maestro, iniciábamos en su cátedra el desarrollo y la afirmación de esa triple vocación. Nos incorporamos al grupo que, en torno al doctor de la Puente, formaban, entre otros, Percy Cayo Córdova, Susana Llontop, Margarita Guerra Martinière, Sara Hamann Carrillo de Cisneros, César Pacheco Vélez, Rosa Blanco, Fanny Torero Gomero y Luis Ortiz.

Los años siguientes fueron intensamente vividos; cada día descubríamos, en nuestras incipientes investigaciones, lo que a nuestro modesto entender eran desconocidas facetas, originales aspectos, cosas novedosas que compartir y comunicar. El maestro nos escuchaba y nos alentaba a continuar, haciéndonos ver, cuando era necesario, lo que debíamos enmendar o analizar con más detenimiento. Su experiencia para comprender a los alumnos, su sapiencia para no apresurar una interpretación y su prudencia para no aventurar una conclusión, fueron lecciones valiosas en esos años iniciales y siguen siéndolo después de tantos años. Hasta hoy acudimos a él en busca del consejo o de la orientación que necesitamos porque sabemos de antemano que podemos contar con ellos y con su discreción.

---

<sup>6</sup> José Agustín de la Puente Candamo, *Miguel Grau*. Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú. Lima, Talleres Gráficos de Editorial e Imprenta DESA S.A., 2003, Epílogo, pág. 527.

<sup>7</sup> *Loc. cit.*



Tuvimos la suerte de ser llamados para trabajar con él, durante varios años, en la preparación de los dos volúmenes sobre la etapa de la Emancipación de la *Historia Marítima del Perú*. Una nueva experiencia y oportunidad para apreciar en José Agustín — como con exceso de confianza lo llamábamos cuando él no estaba presente — sus dotes no sólo de investigador, sino esencialmente de maestro y de amigo. Para cumplir con el encargo nos reuníamos, unas veces en la señorial casona de Lártiga, donde funcionaba y funciona el Instituto Riva-Agüero, otras, en la solariega casa de Orbea, donde él vivía; aquí siempre nos acogía con el mismo cariño, la misma atención, el mismo entusiasmo, no sólo él, también su esposa, su incansable compañera.

Las sesiones de trabajo se sucedían, las fuentes consultadas nos transmitían información valiosa y abundante, y así las fichas y los datos se multiplicaban, y la obra fue tomando forma. Era fácil advertir que la entrega de quien nos dirigía con ejemplar dedicación iba encauzando con serenidad nuestros ímpetus juveniles. En esa cotidiana cercanía fuimos testigos de cómo la familia comenzaba a crecer con el nacimiento de José Demetrio, el hijo mayor, que con el transcurrir de los años seguiría los pasos de su progenitor en el camino de la Historia y en el de su enseñanza. José llegaría a ser alumno y profesor de nuestra Universidad.

También por esos años fuimos convocados por el editor Hernán Alva Orlandini para confiarnos un proyecto que había abrigado largamente, y que creía llegado el momento de convertir en realidad. Se trataba de escribir y publicar, con criterio de divulgación, la biografía de algunos de los personajes que habían sido fundamentales en la historia de nuestro país y que debían ser más conocidos. Así surgió la *Colección Hombres del Perú*, en la que el doctor de la Puente tuvo papel importante, no sólo por la tarea biográfica que le correspondió, sino también por su participación en las sesiones semanales donde leíamos el avance de los trabajos y escuchábamos las sugerencias de los otros autores para mejorarlos. Los consejos de don José Agustín siempre fueron oportunos y transmitidos con tal delicadeza y sencillez que daba gusto recibirlos y llevarlos a la práctica.

Vino después nuestro alejamiento físico de la Universidad Católica, nuestra *alma mater*, para intentar esparcir en las tierras fecundas de la patria chica, la Piura de nuestra infancia y de nuestra mocedad, la semilla intelectual que el maestro había depositado en nosotros, pero no quisimos hacerlo solos; desde el primer momento pensamos que era apropiado que los estudiantes que se formaban en esta Casa recibiesen directamente del doctor de la Puente esa visión real y optimista del Perú. Y él, de espíritu siempre joven y dispuesto, inició sus viajes mensuales para sembrar en esas tierras; y lo hizo con alegría, con la entrega indesmayable de quien sabe que transmite la verdad, lo que constituye una de las lecciones permanentes que él nos brinda: fidelidad a los dictados de la historia. Su labor en esta Universidad, así como la realizada en

la Universidad Católica y en otros centros de docencia superior, se inspiraba y nutría en el ser esencial del Perú. Años después, al recibirlo en el aeropuerto de Piura, nos diría, «ya soy un baqueano en estas lides».

Como se desprende de lo dicho al comenzar, no era su primer contacto con nuestra Universidad ni su primera visita a Piura; su vínculo con ella era mucho más antiguo, incluso desde antes de su creación. Una vez creada, él pronunció la lección magistral en la inauguración del primer año académico, lección que inició con estas palabras que son prueba de su magisterio: «Es grato en la vida dar testimonio de una realidad fecunda en sí misma, preñada de ilusiones. Es el caso que vivimos en este crepúsculo luminoso de Piura; nos convoca la creación de una universidad, y somos testigos del acto solemne de apertura de su primer año académico».<sup>8</sup> Eran palabras proféticas que complementó con estas otras: «Y el gozo, sin hipérbole, es en verdad múltiple. Gozo e ilusión por la seriedad intelectual, por el espíritu de estudio y de trabajo; por la dedicación a la vida universitaria plena; esperanza, en fin, en la formación de hombres con espíritu crítico, con jerarquía de valores, con virtudes morales [...] Demos, pues, gracias a Dios por la tarea que hoy en nombre de El aparece tangible en la vida de la inteligencia en el Perú».<sup>9</sup>

Eran palabras pronunciadas en el nacimiento de una universidad peruana, nuestra Universidad que, por definición, debía inspirarse y nutrirse en el ser esencial del Perú, que debía ser fiel —en las enseñanzas de sus profesores y en el hacer de sus alumnos— a los dictados de la historia que, en esos tiempos, algunos discutían en el país. La palabra del maestro, peruanista por esencia, no podía estar ausente en esos momentos fundacionales, y por eso señaló: «Esta Universidad particular que amanece ahora a la sombra de la historia de Piura, recibe de los siglos el mensaje integrador del hombre mestizo, y de la forma mestiza de vida, nervio y raíz del Perú; y de las horas de dolor de la República recibe la enseñanza de Miguel Grau, quien vive el heroísmo con naturalidad, corolario del austero, del invariable cumplimiento del deber, por quien entiende que el sufrimiento acrecienta y perfecciona al hombre y a la sociedad».<sup>10</sup>

Y concluyó esa lección inaugural con estas reflexiones: «Respetar y amar la tradición, la historia nacional, no es anacronismo, ni ciega apología, ni desconocimiento de errores, ni evasión de la hora presente que con alegría debemos vivir; es, sí, ancha imagen de la patria, culto a los recuerdos de familia y afirmación de la continuidad unitaria del Perú que debemos enriquecer y cultivar. El desarrollo integral del país, que no es asunto exclu-

---

<sup>8</sup> José A. de la Puente Candamo, *Piura en tiempos de la Emancipación*. Lima, Talleres Gráficos P.L. Villanueva S.A., 1971, pág. 9.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pág. 10.

<sup>10</sup> *Ibidem*, págs. 30/31.



sivamente económico, y que es también tarea de todos los peruanos, debe conservar, iluminar y fortalecer la esencia mestiza y cristiana del Perú, entraña y guía orientadora de nuestro porvenir».<sup>11</sup>

Veintidós años después, el doctor De la Puente volvió a ocupar esa tribuna para inaugurar el año académico de 1991. En esa ocasión, confesó: «Con nostalgia que no disimulo, y con gratitud a Dios, miro distante el primer año lectivo de esta Casa. En esos días, también difíciles para el Perú, iniciar las tareas de una Universidad parecía una forma insensata de osadía. Hoy, lo que era un ambiente yermo y un proyecto para muchos borroso, es una de las más serias y respetadas Universidades de la República».<sup>12</sup> Entonces, también escuchamos la voz del maestro llamando a reflexión: «El escollo serio en nuestro tiempo viene de la actitud del hombre peruano que se ubica de espaldas a su historia. No la conoce, no le interesa, o la estudia de modo erróneo; dibuja la existencia de una sociedad falsa, alimentada por la crisis presente y por las presiones ideológicas que quieren defender a un Perú, de acuerdo con su modelo mental, y no conforme lo ha creado la vida».<sup>13</sup>

Frente a eso, expresó de la Puente con palabras que no han perdido vigencia y que comprometían el trabajo de quienes enseñábamos en la Universidad: «Hay que fortalecer en el peruano de hoy en día la creencia en nuestra identidad mestiza, [...] como una verdad histórica digna y que merece respeto [...] Un pueblo que no tiene conocimiento de sus raíces, actúa en la vida sin orientación, ni apoyo; sin rumbo, sin conciencia de su vocación comunitaria».<sup>14</sup> Con énfasis, continuó: «La identidad del Perú existe, no hay que crearla. Sí, hay que ganar un cabal conocimiento de nuestra historia; no vivir de espaldas al pasado. La crisis actual [...] no debe llevarnos a dudar del ser de la Nación [...] Somos mestizos, mas, debemos vivir la realidad sin complejos, ni otras desviaciones. No podemos proponer a nuestros hijos otro Perú, que el que la historia nos muestra en la solidaridad integral de razas y sangres, que vive ahora desgarramientos múltiples, de los cuales saldrá al realizar la justicia sin perder el rumbo de su vocación histórica».<sup>15</sup> Concluía el profesor de la Puente con un mensaje que sigue siendo actual: «Mi palabra final a los estudiantes de esta Universidad de Piura, a los futuros maestros, ingenieros, comunicadores sociales, abogados, empresarios: que no vivan con desaliento la verdad del Perú; las horas difíciles deben fortalecer al hombre y a su comunidad; que entiendan, sin egoísmos rabiosos y sí con solidaridad, que el renacimiento del Perú será obra de nosotros mis-

<sup>11</sup> José A. de la Puente Candamo, *Piura en tiempos de la Emancipación*, pág. 31.

<sup>12</sup> José A. de la Puente Candamo, *La identidad peruana en lo hispanoamericano*. Piura, Talleres Gráficos de la Universidad de Piura, 1992, pág. 15.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 39.

<sup>14</sup> *Ibidem*, págs. 39-40.

<sup>15</sup> *Ibidem*, págs. 40-41.

mos, especialmente de las generaciones jóvenes, en la fidelidad intelectual y moral a la propia vocación».<sup>16</sup>

En 1998, en Caracas, con ocasión del VI Congreso de la Asociación Iberoamericana de Academias de la Historia, en su condición de Presidente de la Academia Peruana afirmó, con autoridad y oportunidad: «Frente a corrientes intelectuales y sociales que hoy buscan una preparación intelectual muy ligada a lo estrictamente técnico y profesional, no sólo es importante, sino absolutamente necesario, fortalecer la presencia de los estudios de historia en todos los ambientes donde se otorgue formación profesional [...] Es el estudio de una de las notas que pertenecen a la identidad de la persona; antes que ingeniero, médico o electricista, existe la profesión de hombre, y en esa profesión los estudios históricos son un factor absolutamente irremplazable».<sup>17</sup> Como podemos darnos cuenta, son palabras a las que todos deberíamos volver para reflexionar sobre su mensaje, en momentos en que muchas universidades van dejando de lado los estudios de historia nacional y otros cursos humanísticos.

Este es el pensamiento de un hombre que, con justicia, es considerado maestro; ésas son las lecciones de peruanidad que constantemente dicta allí donde se encuentre. Contagiémonos de su entusiasmo, vivamos intensamente su optimismo, brindemos a los que vendrán el fruto de su siembra generosa en tierra fértil para que el Perú sea cada vez mejor. Actuemos como él ya nos lo pedía en 1964: «Hay que devolverle optimismo a la gente peruana en la visión de lo nuestro y en la imagen de nuestra Historia. En medio de sus yerros y de sus injusticias, la República es fiel a múltiples y viejos encargos de los hombres y de la Nación [...] La República no niega, y más bien [...] afirma y defiende lo que es esencial al Perú, lo que no está en debate, es decir, la entraña de la nacionalidad, el destino mestizo, occidental y cristiano del Perú».<sup>18</sup> Ésa es la tarea que él nos sigue dejando para que cumplamos siempre desde nuestro puesto de trabajo y en todo lugar: «devolverle al hombre nuestro regocijo frente a su calidad mestiza; enseñarle a superar visiones frívolas que todo lo reducen a lo exterior y son de verdad racistas y paganas; mostrarle que lo permanente es el espíritu en la actitud humana; [...] renovarle diariamente la vivencia en que el rumbo de la Nación no puede ser otro [...] que el del intenso arraigo de lo mestizo en el ámbito occidental de la cultura [...]».<sup>19</sup>

<sup>16</sup> José A. de la Puente Candamo, *LA IDENTIDAD PERUANA EN LO HISPANOAMERICANO*, PÁG. 43.

<sup>17</sup> Armando Nieto Vélez S. J., «Probidad y prestancia», en Pontificia Universidad Católica del Perú, *José Agustín de la Puente Candamo. Medalla de Honor R. P. Jorge Dintilhac, SS. CC.*, Cuadernos del Archivo de la Universidad, 50. Lima, R y F Publicaciones y Servicios S.A.C., 2008, págs. 10/11.

<sup>18</sup> José A. de la Puente Candamo, «Nuestra historia», pág. 21.

<sup>19</sup> José A. de la Puente Candamo, «La vocación mestiza del Perú», en *Reflexiones sobre el Perú*

Por todo lo dicho, por sus lecciones, por su orientación, por su amistad entrañable, por su confianza en nosotros a pesar de nuestras personales limitaciones, y por mucho más, permítanos decirle gracias doctor de la Puente: gracias por su magisterio ejemplar, gracias por habernos enseñado lo que es el Perú, por habernos enseñado a descubrirlo en cada momento de su historia y en cada lugar de su geografía, por habernos enseñado a quererlo como una singularidad insustituible; gracias, maestro, por habernos permitido seguir su camino en la búsqueda e identificación del Perú y por habernos enseñado a divulgarlo; gracias, maestro, por esto y por tantas otras cosas que nuestra mala memoria y su habitual modestia nos impiden recordar y expresar en esta ceremonia; gracias, maestro, por hacernos compartir, conscientemente, la realidad de un país con tradición y con destino que espera que hombres como usted, con fe basada en la verdad histórica, lo conduzcan hacia donde los fundadores de la nacionalidad quisieron que llegase. Gracias, maestro, por hacer posible que esta noche la evocación y la esperanza se abracen en torno a su figura para renovar el optimismo de los peruanos de verdad. Gracias por hacer posible que una institución educativa superior, de inocultable prestigio, le otorgue este doctorado *honoris causa*, que no sólo le honra a usted, sino que la Universidad también se honra al conferírsele, y el mismo doctorado se enriquece al ser usted quien lo recibe. Gracias, maestro ejemplar.

---

*mestizo*, págs. 26-27.